SARA RATTARO

El amor imperfecto

NOVELA

¿Cuáles son las pruebas que
el amor debe superar cada día?

DUOMO
NEFELIBATA

El amor imperfecto

SARA RATTARO

El amor imperfecto

Duomo edicion
Barcelona, 2014

Título original: *Non volare via*

© 2013 por Sara Rattaro
Publicado y traducido por el acuerdo con Silvia Meucci Agencia Letteraria – Milano
© de la traducción, 2014 por Elena del Amo de la Iglesia
© de esta edición, 2014 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Todos los derechos reservados
Primera edición en formato digital: febrero de 2014
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Av. del Príncep d'Astúries, 20. 3º B. Barcelona, 08012
Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
Diseño de interiores: Agustí Estruga
Composición ePub: Grafime. Mallorca, 1, Barcelona 08014 (España)

A Maddalena y Carlotta

ALICE

LO IMPORTANTE
ES CONSERVAR LA CALMA

Cuando me dijeron que ibas a llegar, me llevé un susto terrible. No tenía ganas de tener a un intruso en casa. Mamá, papá y yo estábamos de maravilla. Aquella noche llovía a cántaros y cada trueno llevaba consigo algo espantoso. Yo hubiera querido decirle a mamá que hacerte nacer esa noche no me parecía una gran idea, pero había demasiada confusión y ella, como siempre, fingía que todo estaba perfectamente. Sabes lo que hace siempre, ¿verdad? Aunque los dolores la estaban partiendo por la mitad, se preocupaba de que no me dejaran sola y de que no la oyera gritar.

Luego llegaste, y cuando entré en la habitación del hospital recuerdo que estabas plácidamente dormido en los brazos de mi mamá, como si fuera la tuya. Librarme de ti no iba a ser tan fácil. Ella te apretaba muy fuerte. Me quedé mirándote hasta que alargó la mano para invitarme a subir a la cama.

–Ali, éste es Matteo, tu hermano. Serás muy importante para él.

Y mientras papá nos hacía cientos de fotografías, yo apoyé la cabeza en el brazo que te sostenía. Creo que todo empezó allí, como en los mejores cuentos, con un sencillo «Érase una vez…».

Todos se empeñaban en decir que eras guapísimo, pero mamá no hacía más que repetir que eras estupendo porque la dejabas dormir casi siete horas seguidas y comías regularmente. A mí no me parecía una cosa tan admirable; en

el fondo yo lo llevaba haciendo desde los ocho años y nadie se molestaba en valorar mi heroicidad. Amigos, parientes y vecinos vinieron en procesión a casa para conocerte. Una tarde papá incluso invitó a todos sus compañeros de trabajo y a la famosa Greta, su secretaria, una mujer que debía de tener más o menos la edad de papá y que claramente no era tan fea como él la había descrito. Creo que mamá también se dio cuenta de eso, pero, como yo, no dijo nada, porque papá es así, gracioso y simpático.

Unos meses después, algo cambió. Mamá estaba nerviosa y lloraba a menudo, mientras papá parecía desorientado. De repente nadie volvió a visitarte y los elogios que te dirigían se desvanecieron. Te trataban de una forma extraña y no hacían más que preguntarse si eras como los demás. Lo gracioso era que a mí tú siempre me parecías el mismo, y una tarde me acerqué a tu cuna y empecé a inspeccionarte. Buscaba el defecto. Prácticamente te desnudé y miré incluso entre los dedos de los pies, detrás del cuello y bajo las axilas, pero no encontré nada diferente. Recuerdo que tú me mirabas y te reías porque quizá te hacía cosquillas. Corrí rápidamente a la cocina y dije:

–Le he revisado a fondo y Matteo todo lo tiene bien; además siempre se está riendo y me parece mucho mejor que el hermano de mi compañero de banco, que chilla sin parar. Así que propongo que se quede así, como está.

Los ojos de mamá se llenaron de lágrimas y me abrazó sin decir una palabra, mientras papá me explicaba que el problema estaba dentro de tus oídos y que yo debía estar siempre cerca de ti para protegerte, pero que a pesar de todo tendrías una vida feliz, y yo le creí.

Cuando creciste empezaste a acudir a logopedia casi todas las tardes. Un día tuve que ir yo también, porque la abuela no podía ocuparse de mí y papá estaba en el trabajo.

Mamá me compró un cuaderno de colorear porque, me dijo, tu sesión iba a ser larga. En la habitación en la que entramos el silencio sólo era interrumpido por las preguntas que Iris, la logopeda, te repetía hasta el infinito.

–Y ahora, Matteo, mira bien el dibujo. Hay tres pajaritos en una rama. Uno emprende el vuelo. ¿Cuántos pajaritos quedan?

«Dos», pensé. Era fácil, pero tú no respondiste.

–Vamos, Matteo, hay tres pajaritos en una rama. Uno emprende el vuelo. ¿Cuántos pajaritos quedan?

Ninguna respuesta. Mamá empezó a ponerse muy seria porque el tono de Iris se iba volviendo más fuerte, como si quisiera regañarte.

–¿Por qué Matteo no responde? –pregunté levantando la cabeza de mi dibujo mientras tú, cándido como un gorrioncillo, dijiste:

–Pero ¿por qué se va volando?

Iris se puso a gritar:

–¡No te he preguntado por qué vuela, sino cuántos quedan, Matteo!

Mamá contuvo la respiración y con voz temblorosa dijo:

–Pero ¿por qué lo regaña? ¡Matteo está razonando!

Fue precisamente ahí, en aquella pequeña habitación con las sillas todas distintas, donde mamá se arrodilló delante de mí y enjugándose las lágrimas me pidió:

–Alice, pase lo que pase tú siempre lo llevarás de la mano, ¿me lo prometes?

Yo asentí y le acaricié la mejilla.

Aún hoy, cuando no consigo mantenerme lejos de ti durante más de unos días, se me ocurre espontáneamente repetir que toda la culpa la tienen los pajaritos y mamá se ríe a carcajadas.

Lo importante no es lo que ocurre sino aquello que estés en condiciones de hacer después y hasta qué punto te sea útil para hacerte mayor, porque cada sólida seguridad tuya se ha iniciado siempre con un dolor, una ausencia o un brutal error.

Sólo hay una cosa que quiero corregir de esta historia. Eres tú el que ha sido muy importante para mí.

ALBERTO

PRIMERA REGLA:
PROTEGE A TU REY

1

Poner en orden es algo que se nos enseña. Primero ponemos en orden los juguetes, después nuestra habitación, primero fuera, después dentro.

Alineamos los números para restablecer el equilibrio, somos rigurosos en organizar la mesa del despacho y maniacos en colocar los calcetines según el color. Ponemos a punto recibos, contratos, la lavadora, el motor que nos golpea en la cabeza y a las personas prepotentes. Lo hacemos porque somos capaces, está escrito en nuestro ADN y es imposible escapar. Pero cuando se trata de nuestra vida, entonces llega el caos, porque poner en orden significa encontrar una lógica, hacer una selección, y por consiguiente perder algo. O a alguien.

–¡Alberto, Alice ha desaparecido!

La voz de Sandra me retumbó en la cabeza.

–¿Qué?

–No ha ido al tenis y tiene el teléfono descolgado.

–No te preocupes, se habrá olvidado del tenis, ya sabes que no le gusta, y se cansará de vagar por ahí sin rumbo. Ya verás como esta noche nos da una explicación.

–¿Qué estás diciendo? No te habría llamado si fuera tan sencillo. ¡Alice no está y tengo miedo de que le haya pasado algo!

«Algo le ha pasado», hubiera querido responder.

–¿Has llamado a sus amigas? –le pregunté, intentando prestarle la debida atención para no despertar sospechas.

Si Alice se había ido sin decirle nada, aún tenía alguna posibilidad de salir del paso: podría hacerle creer que se trataba de un malentendido o solamente de una cabezonería, porque en el fondo era una mujer y, como se sabe, las mujeres son todas iguales, lo que más aprecian son las excusas de un cabrón arrepentido.

–Por supuesto que las he llamado. Nadie ha tenido noticias suyas desde la salida del instituto. Alberto, voy a avisar a la policía.

–¿A la policía? ¡Por favor! Ya verás como no es nada; habrá querido estar un poco sola.

–¡Alberto, sólo tiene dieciséis años! ¿Qué cosas dices? Puede haber tenido un accidente o haber sido secuestrada, ¿cómo puedes estar tranquilo con todo lo que se oye en los informativos de la tele?

–Escucha, voy inmediatamente a casa, pero ahora intenta tranquilizarte y piensa en todos los sitios a los que puede haber ido. Si cuando yo llegue aún no ha vuelto, entonces llamamos a la policía.

–De acuerdo.

Sabía que se pondría a llorar en cuanto colgara.

Fue así.

Camilla y yo cerramos el portón del palacete en el que había vivido durante todo el tiempo de nuestra relación.

Camilla sacó la cabeza.